

EL ESPIRITU DEL TIEMPO

Ante la crisis de los hombres de principios

Por el Rvdo JUAN PELLISA, Pbro.

UNO de los rasgos de las personalidades fuertes es el pertenecer completamente, en el sentido amplio de la palabra, al espíritu de su época, y sin embargo no estar tan entregados a ella que participen de las debilidades que aquella lleva consigo.

El hombre tiene que sufrir a cada momento el embate del espíritu de su tiempo que le ataca bajo múltiples formas. Hay, sí, que dejarle penetrar, respirarlo por todos los poros, pero eso a condición de que el hombre interior tenga una salud suficientemente probada para desechar lo enfermo y caduco e incorporarse lo sano.

Qué es el espíritu del tiempo

Nada hay tan sutil, tan suave como este espíritu que se insinúa a través de tantas manifestaciones de la vida. Alguien lo ha definido como aquella cosa viva y única que radica en el fondo, lo mismo de la disposición de los ánimos, que de la opinión de las mentes, lo mismo de la directa actividad de las fuerzas humanas que de sus importantes consecuencias...

De lo que antecede se desprende cuán importante sea el estudiar tal espíritu para más conocerle y mejor saber dar curso a nuestro recto obrar a pesar de sus halagos. Sabemos que es mudable y que por eso mismo no puede aprenderse en los libros, ya que está constantemente fluyendo en el curso de sus tres períodos: pasado, presente, futuro. No es necesariamente malo y puede llevar inseparablemente unidos elementos óptimos. Depende siempre de las circunstancias generales de la época vivida, como lo vemos traducido en las diferenciaciones notables del hombre y de la sociedad de antes y después de la guerra. Resumiendo en frase célebre, los hombres son los que hacen el espíritu del tiempo y éste a su vez es el que hace a los hombres.

Posiciones contrarias y falsas

He visto adoptar ante él dos posiciones extremas, marcadas las dos con el signo de la esterilidad. La de aquellos que con la debilitación de la conciencia personal se van adocenando hasta llegar a ser un auténtico e impersonalizado producto del tiempo, y la contraria de los que pretenden aislarse completamente en su época agotándose en negativa y oposición, voceros de lo otrora y maldecidores implacables de lo presente. Ya les taché antes de estériles y repito que ni unos ni otros se encuentran en condiciones de moldear su época.

Elevémonos sobre nuestra época

Ningún partido, ningún periódico, ninguna corriente de opinión deben eximirnos de examinar nuestro recto proceder. Considero cuales puedan ser aquellos a quienes les interesen estas palabras, y casi me atrevería a exigirles que se aparten y se eleven por encima de la masa necia ejerciendo su capacidad de juicio, fijando la mirada sobre lo permanente en el flujo de las apariencias, superiores a la multitud apasionada por el espejismo de las mismas.

El hombre de valer no se prosternará nunca ante el espíritu del tiempo como ante un valor absoluto y podrá distinguir en él lo verdadero de lo falso aún contra la opinión pública. No será un ciego adorador ni un ciego condenador de lo actual, sino que pertenecerá al pequeño grupo de los que no se dejan engañar por brillantes apariencias sino que observan realidades, las examinan, las descomponen, las meditan y finalmente saben formular un juicio certero sobre su valor objetivo.

Cristo, punto de apoyo de la humanidad

Ya me achacaría a mí mismo la insensatez de predicar en el desierto si no diera razón de algo con qué medir, con qué juzgar, con qué defenderse. Necesitamos un punto de mira para valorar las desviaciones, o mejor, un punto de apoyo en el que segura e indefectiblemente podamos confiarnos. Y el punto arquimédico para levantar nuestro mundo, el que nos presta seguridad y superioridad, sosiego y paz, no puede ser otro que la misma persona de Cristo: centro de la filosofía y de la historia, sabiduría eterna, verdad inmovible.

Por, con y en Cristo juzga las alteraciones con el ojo de la razón el hombre que no aspira al título de civilizado gratuitamente. A diferencia de la plebe, no pierde nunca la dignidad humana, la libertad interior, la razón que piensa por cuenta propia. No se somete a los poderes turbios e irracionales, y menos todavía al dominio de los instintos, ni se abandona a una indiferencia fatalista. Tendrá siempre la aspiración de elevarse por encima del espíritu del tiempo para poder guiar a los demás por medio de él, con él y a pesar de él, hacia aquella cima de la perfección humano-cristiana que todo lo explica y todo lo sublimiza.

Lucha constante del hombre de principios

Si el tiempo tiene una órbita anticristiana, el hombre de sanos principios sabrá resistirlo con valor, con calma, con firmeza, con una resistencia que llena de ánimo y de serenidad, que es siempre virtud, siempre sabiduría, y es también con frecuencia dolor de parto de un mundo mejor.

Y, como dice un profundo pensador alemán contemporáneo: "esta resistencia es siempre virtud, porque tienes que rechazar las incitaciones de lo malo para poder presentar lo mejor; porque no tienes que apreciar el aplauso de la masa para poder merecer el aplauso de la verdad; porque tienes que soportar la ingratitude del mundo para poder hacerle bien..."

El mal espíritu del mundo siempre trabaja

No niegues, lector, esta penetración del espíritu del mundo en tu interior. No seré yo quién señale en qué forma, acerca de qué materia, en qué tiempo él lo hace porque no quisiera baldonar tu perspicacia. Y si piensas que con tanto razonamiento tiendo a la exageración, te invito a repasar las gravísimas palabras del Papa en su mensaje navideño y entre ellas medita las del fragmento que transcribo a continuación en las que nuestro Padre común señala la devastación que causa el espíritu de nuestro tiempo que va borrando de la humanidad la conciencia de pecado, de cuyo mal, reconócete, ni tú mismo estás completamente sano.

Dice el Papa

¡Cuánto hacen del pecado una simple debilidad y de la debilidad hasta una virtud! Transformando artificiosamente el sentido de las palabras en las más importantes cuestiones de la vida pública o privada, ocultan lo que la conciencia ya quiere descubrir y cohonestan aquello que lo más interno de su alma condena, y niegan lo que deberían lealmente reconocer. ¡Cuántos ponen en el puesto del verdadero Dios a sus ídolos, o también, y aún afirmando su voz en Dios, y su voluntad de servirle, se hacen de El una idea que es el producto de sus propios deseos, de sus propias tendencias, de sus propias debilidades!